

LOS VIAJES DE KIARA

ELVIS
EL PAJARITO QUE NO PODÍA
CANTAR

Derechos de autor © 2026 Elisabet Galisteo
Hernández Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la editora.

ISBN: 9789403923383

Diseño de la portada: creado con inteligencia artificial.

Impreso en España.

Que este libro os recuerde que no importa lo pequeño que os sintáis o si creéis que os falta la voz, como al pajarito Elvis.

La verdadera magia no está en ser perfecto, sino en los amigos que os acompañan en el camino y en la luz que brilla dentro de vosotros.

Con todo mi amor, para que nunca dejéis de viajar con la imaginación.

Elisabet Galisteo



El aire en Isla Canina y Felina, nuestro hogar, tenía hoy un aroma fresco a hierbabuena y rocío, cuando el diario de cuero que Kiara llevaba siempre consigo comenzó a vibrar con una intensidad poco común.

No era un mapa de constelaciones lo que esta vez aparecía en sus páginas, sino un pentagrama que se movía rítmicamente, como si la misma brisa estuviera componiendo

una canción invisible.

— Parece que el diario nos llama de nuevo — dijo Kiara, sintiendo esa chispa de aventura que siempre le despertaba el corazón.

El destino era claro: la Isla de los Pájaros, un archipiélago flotante donde los vientos llevaban las melodías de un lado a otro.

Kiara reunió a sus amigos.

Como guardianes, sabían que su misión principal era cuidar de todos.

Para ellos, hacer el bien no era solo una opción, ¡era su forma de vivir!

Por eso, el universo siempre premiaba sus corazones

valientes con grandes descubrimientos.



Sin embargo, al llegar, el silencio en la Isla de los Pájaros era absoluto.

Al aterrizar, en una rama alta de un árbol de cristal, divisaron a Elvis, un verderón de plumas verde esmeralda, cuyos ojos estaban llenos de una tristeza tan profunda que parecía capaz de apagar la luz de la isla.

Kiara, sin dudarlo, dio un paso

al frente.

Sabía que su propósito allí era claro: Elvis necesitaba recuperar su voz, y ella no descansaría hasta verlo cantar de nuevo.

La verdadera recompensa no vendría en forma de oro, sino en la alegría de ver a un ser recuperado gracias a su ayuda.



Tras el descubrimiento de Elvis en la rama del árbol de cristal, el equipo se reunió al pie del tronco.

Kiara, con su determinación habitual, observó a sus compañeros.

Todos estaban allí: Félix, el elegante gato; Minina, con sus ojos esmeralda; Chulín, con su pañoleta; Keka, la perrita sabia; Néstor, el viejo sabueso; Lola, la intrépida gatita; Juju, la pequeña ardilla; Copo, Nube y la sensible Grisi con la dulce Nana.

—Elvis tiene miedo —susurró Nana, cuya capacidad para detectar el desánimo era un regalo para el grupo.

—Podemos ayudarle —añadió Grisi, sintiendo la angustia de la pequeña ave en el aire.

Kiara sabía que la bondad era la

única llave capaz de abrir el corazón cerrado del pajarito.

No se trataba de obligarlo a cantar, sino de crear un espacio donde él se sintiera lo suficientemente seguro como para ser él mismo.

Néstor, con su voz profunda, comenzó a narrar cómo los guardianes habían superado desafíos pasados mediante la unión, demostrando que la generosidad siempre trae consigo una recompensa de paz y equilibrio.

Mientras el sabio sabueso hablaba, Lola y Juju treparon con cuidado para rodear a Elvis con flores brillantes, mientras

Copo y Nube mantenían el suelo despejado de cualquier rastro de tristeza.

Al ver a todos trabajando juntos, Kiara supo que la isla empezaba a brillar.

Sabía que hacer el bien es como una lucecita que brilla y lo ilumina todo.



Como premio a tanto esfuerzo, pronto se escucharía el canto feliz de Elvis.

Pero en unos instantes todo

cambió en el ambiente.

El aire en la Isla de los Pájaros se había vuelto tenso, cargado por el incesante silencio de Elvis, quien permanecía encogido en su rama más alta.

Kiara, observando la escena desde abajo, sintió que el desánimo del pequeño verderón actuaba como una barrera invisible que impedía el flujo natural de la vitalidad de la isla.

—No debemos forzarlo —susurró Nana, colocándose suavemente junto a Kiara.

Su instinto le decía que la bondad, para ser efectiva, debía ser paciente y respetuosa con los tiempos de cada ser.